

Fiona Ferrer Leoni

La estilista

la esfera  de los libros

Prólogo

Esta novela se puede empezar tanto por el principio como por el final porque no es un relato lineal, sino un intento de reflejar el mundo de la moda a través de los sentimientos, de los lugares y los personajes. Detrás de una foto, de un estilismo, de una sonrisa, hay mucho más que un simple momento. Son extractos de una vida, de un universo interior imposible de resumir en un solo instante, pero que sumados todos dan una reveladora visión de conjunto.

Eso pretende ser *La estilista*, momentos y recuerdos archivados durante años de viajes, en proyectos internacionales, compartiendo vivencias con quienes han formado parte de tu trayectoria. Son esos contactos los que abren y cierran algunas puertas, y por ello siempre que cerremos o abramos una habrá que hacerlo con la sutileza de una

buena estilista: vestirnos por los pies, saber combinar el *look* correcto en el momento adecuado y no dejarnos nunca un hilo suelto ni un alfiler que pueda hacernos daño. Si algo nos pincha, la solución es eliminarlo.

Sutileza, elegancia, respeto y discreción. Esas son las cualidades de la estilista. Discreción, sí, a pesar de que tendamos a enseñar la cara amable de todo lo que hacemos, de cada gesto o movimiento, a través de las redes sociales, el gran escaparate del postureo, de la felicidad muchas veces impostada.

Si bien es cierto que no siempre hay que mostrar todas las cartas, también es verdad que ahora más que nunca se demanda naturalidad. La realidad también debe ser parte de la comunicación que la estilista mantiene entre protagonistas y seguidores para lograr un vínculo auténtico entre ellos. No todo se puede comprar y conseguir a base de *likes* ni a todo hay que ponerle filtro.

La elegancia o el estilo son conceptos variables. ¿Quién es capaz de dar una única descripción? No la hay. Existen diferentes perspectivas, distintas formas de ver y de sentir las cosas, y eso mismo ocurre en el vestir. Lo importante es construir nuestro estilo propio y, de esa forma, conseguir que luzca nuestra elegancia interior.

En la moda no hay nada prohibido. Los límites los pone cada cual, aunque también hay que admitir que por nuestra personalidad, por el entorno, la edad o las circunstancias, hay ciertos estilos que pueden resultar menos apropiados sencillamente porque no encajan con lo que realmente somos.

Las tendencias deben adaptarse a nosotros, no nosotros a ellas. Cada uno es un ser maravilloso, especial y único. Aspirar a parecerse a otro no nos hará más grandes ni más divinos. Todo en la vida tiene su tiempo y su momento, y al igual que la Tierra es redonda, nuestro mundo es circular y quien hoy está abajo, mañana está arriba. Así que, no infravaloremos a nadie. Y lo más importante, bajo ningún concepto os infravaloréis: sois los primeros a los que tenéis que cuidar.

Lo del karma suena a tópico pero es cierto. Todo llega y todo se devuelve, con lo cual es fundamental que intentéis que vuestras energías sean positivas y las proyectéis siempre mirando hacia adelante, aunque sin olvidaros del camino recorrido y de las piedras y curvas que tuvisteis que pasar para llegar a donde estáis. Uno de mis lemas es «cómete el mundo sin comerte a nadie y prohibido comerse el plato del de al lado». Podréis lograr todo lo que os propongáis sin necesidad de pisar a nadie.

Pero cuidado, porque en este camino de la moda y el estilo, las redes sociales a veces las carga el diablo. En mi primer libro, *WACU Girls*, escribí una frase que luego vi reproducida en un anuncio de televisión (que no me atribuyó la autoría): «Las redes nos acercan a quien está lejos y nos alejan de quien está cerca». Sin duda, han supuesto una revolución democrática, han dado a millones un altavoz que antes solo tenían unos pocos. Por eso son un medio de comunicación tan fascinante como peligroso, porque apenas estamos aprendiendo a manejarlo. Hay que

saber combinar el *online* con el *offline* para crear la perfecta mezcla. Demos a cada ámbito su espacio y no dejemos que la vida sea solo un «me gusta», porque es mucho más que eso.

Nuestro valor no está en los *likes* que obtenemos, sino en aquello que transmitimos. Da igual que tengáis quinientos mil, cien mil o cien seguidores. Todos somos importantes y todos podemos ser *influencers*, no solo en la moda, en cualquier sector. Pero también sed conscientes de que ese término implica mucho trabajo y muchos sueños de los que podemos formar parte.

Empecé este libro hace ya años y a lo largo de su elaboración me han pasado muchas cosas en la vida: una separación que terminó en divorcio; varias decepciones que me marcaron y que siguen marcando mi personalidad; una fuerte bajada de defensas que terminó en un aviso importante de depresión y ansiedad; la enfermedad de mi madre y su fallecimiento, un golpe bajo que supuso un indescriptible dolor. También, por supuesto, he disfrutado de muchos momentos de felicidad que me invitaban más a vivirlos que a reflexionar y sentarme a escribir. En definitiva, cambios, muchos cambios que realmente me transformaron.

Contando mis tristezas no pretendo conmovier a nadie. Las escribo para que entendáis que nadie es perfecto, aunque lo parezca. Al final, lo importante es conservar el equilibrio y una vez consigues eso, la vida fluye y los chacras se abren.

En estos momentos tengo la cabeza muy cerca del corazón y miro en línea recta, y siguiendo esa mirada he escrito *La estilista*, una ficción en la que todo lo que ocurre es absolutamente real.

Cuando empecéis a leer la novela, tal vez os sintáis reflejadas o reflejados en Frida, la protagonista, ya que es una mezcla de varias mujeres y diferentes personalidades. Si queréis pensar que soy yo, por mí bien, pero la realidad es que está pensada para que seáis cualquiera de vosotras o vosotros. La agenda con lugares, trucos y recomendaciones sobre estilo que incorporo al final del libro sí es mía y solo mía (aunque también podría haberla escrito ella).

Por último, con vuestro permiso, os voy a dar un consejo: no dejéis que nadie os diga que NO, id a por el SÍ, aunque siempre con respeto hacia los demás. Y si el objetivo no es viable, cambiad, pero decidiendo vosotros mismos vuestro camino. Lo de caerse y volverse a levantar no es una frase hecha, es una necesidad tan real como que he empezado a redactar este libro unas cinco veces en los últimos años y ahora, por fin, estoy aquí con vosotros pasando páginas.

Espero que lo disfrutéis tanto como yo me he divertido escribiéndolo. Está dedicado a ti, que me estás leyendo. Hazlo tuyo.

FIONA FERRER LEONI

1

23 de septiembre de 2018, Madrid.

Hoy cumplo cuarenta y cuatro años. Hace apenas dos años que mamá falleció. Pensar en ella me hace daño. Recuerdo los últimos días que pasé a su lado en el hospital. Sus pequeñas manos agarrándome suavemente sabiendo que pronto tendría que soltarme para siempre. Cierro los ojos y la siento muy cerca, tan cerca que no sé muy bien si esto ha sido un mal sueño o una realidad que me resisto a aceptar.

Es curioso, cada vez que miro al cielo azul y veo cruzar una nube, me acuerdo de los colores del hospital. Puertas azul cielo; el sofá cama donde mis hermanos y yo dormíamos cada noche de un tono azul *navy*; el contraste con las paredes blancas y el uniforme de las enfermeras...

Todo me recuerda a mamá. Echo de menos su olor, su risa, las llamadas por la mañana, su acento italiano, las mascarillas para el cutis que se hacía con aguacate, los bailes en casa y los selfis que nos mandaba al chat familiar.

Ese verano en Madrid, aunque no pude disfrutar de la brisa del mar que tanto me gusta, ha sido el más maravilloso de mi vida porque ha sido el último que he pasado con ella. La ciudad estaba desierta, pero yo me sentía llena, rodeada de mis hermanos, sobrinos y cuñadas, sabiendo que cada día era una victoria. La esperanza mueve montañas y nosotros las movimos, pero cuando ves que la persona que más quieres en el mundo sufre tanto dolor, es mejor dejarla ir.

Saber que luchamos hasta el final, que no nos apartamos de su lado, nos ayuda a mantenernos vivos y enteros, serenos, con una enorme tristeza, pero con la paz interior que termina por hacerte más fuerte.

Jamás olvidaré el momento en el que la bajaron a la UCI y nos despedimos de ella en el ascensor. Su mirada asustada, las palabras... «No quiero morirme, Frida». El contraste entre su frágil cuerpo y el fuerte carácter. Imagino todo lo que le hubiera gustado habernos dicho y que, sin embargo, el orgullo y el miedo silenciaron. Cuánto daño hace el callarse. Cuánto dolor nos hubiera evitado si se hubiera despedido de cada uno de nosotros diciendo lo que su corazón le dictaba. Cuánto echo de menos un «te quiero».

Esa despedida sin palabras me hace entender ahora mi reacción ante circunstancias que me han ocurrido después.

Haber perdido la oportunidad de compartir esos sentimientos hace la pérdida doblemente traumática. Supongo que cuando no dices adiós es porque no quieres irte. Mamá no quería irse. No estaba preparada para dejarnos solos. Nos quería demasiado.

Me vienen a la cabeza más recuerdos de esos momentos finales. La extremaunción. La última vez que le cogí la mano. El ataque de ansiedad cuando la realidad se volvió real. El hombre que apareció en la habitación para vendernos un ataúd, con un muestrario de maderas y la posibilidad de elegir el color de las flores. Lo repugnante que me resultó ese atrevimiento en mitad de tanto dolor y, a la vez, lo irónico de la situación. Parecía una película. Optamos por las rosas blancas. Eso lo teníamos muy claro todos.

Sin poder evitarlo, revivo el día de la incineración. El saludar a la muerte sin haberla llamado. Los fotógrafos en la iglesia del cementerio, las preguntas sin respuesta, los nervios, las ganas de evadirme. El sufrimiento interior que luego se traduciría en una foto. Las palabras y las cartas de condolencia.

Eso también es la vida y eso también somos nosotros. Recuerdos, imágenes, palabras dichas o calladas que nos acompañarán para siempre. Por eso basta un detalle, una mirada al cielo azul, para que se hagan presentes y parezca que el mundo se haya detenido en ese fatídico 11 de septiembre.

Una bata de hospital, un color, un olor, el recordatorio de las fotos del teléfono, el pañuelo que hay anudado en

mi muñeca y que es el que llevaba mamá cuando falleció. Todo me sigue recordando a ella.

Me cuesta salir de la cama, no quiero hablar con nadie del tema y noto cómo poco a poco me voy encerrando en mí misma. Siempre he tenido miedo a la depresión, una enfermedad silenciosa que puede llevarte a la muerte aun estando vivo. Tengo tantas experiencias a mi alrededor de amigos míos con síntomas de ansiedad, desesperación y derrota, que sus ejemplos me impulsan a luchar por mantenerme positiva. Pero cuesta. Sonreír por fuera y estar vacía por dentro. Así me siento ahora mismo.

Cuando me divorcié, entré en un bucle de desesperación que me llevó al hospital durante tres meses. Mi cuerpo no asimilaba el hierro y yo no asimilaba la soledad de la decepción. No fui capaz de asumir el fracaso de un proyecto de vida que yo creía que sería para siempre. Me siento una valiente por haber superado aquel duro momento y por reaccionar a tiempo para evitar caer en el abismo. Aquella pesadilla me enseñó a detectar los síntomas y a no dejarme arrastrar por las adversidades. El dolor y la tristeza no se pueden evitar, pero hay que aprender a convivir con ellos.

Duele pensar, duele recordar y duele aún más saber que no está, pero así es la vida. Cuando menos te lo esperas, te quita lo que más quieres. Nunca estás preparada ni para la muerte ni para las rupturas. La rutina nos impide darnos cuenta de que pueden estar mucho más cerca de lo que queremos creer. Pero cuando aparecen, hay que saber plantarles cara.

Hoy mi cumpleaños adquiere un significado especial. Ya no lo veo como el día que nací, sino que lo concibo como el día en que conocí a la persona que más me ha querido en mi vida. Un amor incondicional que solo una madre sabe dar.

Hace poco me hicieron la carta astral y en ella Tiby, una astróloga que ha llegado a convertirse en mi *coach* particular, me explicó que mi personalidad independiente, mi creatividad y la necesidad de estar sola se debía a lo confortable y feliz que había estado dentro del cuerpo de mi madre y en la ilusión que ella me transmitía al saber que me estaba esperando. Desde dentro me inculcó la independencia y la fortaleza para luchar en soledad, y por ello me considero una mujer fuerte. Sensible, sufridora, pero fuerte.

Desde muy pequeña aprendí lo que es la lucha. Cuando mamá estaba a punto de tenerme, su corazón dejó de latir y el mío casi estuvo a punto de irse con ella. Una vez me contó que vio ese túnel en el que se entra al morir y que se sentía tan feliz que pensó en seguir la luz que la guiaba, pero no quiso continuar el viaje porque quería conocerme.

Por primera vez desde que mi madre se fue, he abierto los álbumes de fotos y no he podido evitar llorar. Llorar de amor... Sin rabia, sin hacerme más preguntas sin respuesta. Simplemente llorar. La quiero tanto que duele pensar que ya no la podré besar ni agarrarle de la mano ni darle masajes en las piernas ni contarle mis aventuras y desventuras del día a día.

Me he dado cuenta de que tengo que tomar la decisión de avanzar o, por el contrario, quedarme atascada en el tiempo. Aún soy joven, me gusta vivir y, lo más importante, no puedo dejar solos a mis hermanos, a mi padre y a los sobrinos. Quiero ver nacer a más sobrinos, volverme a enamorar, reírme a carcajadas, saborear una copa de vino y pasarme los domingos en pijama haciendo *zapping* sin salir de la cama. He tenido la suerte de vivir momentos que hoy se han convertido en recuerdos maravillosos y es a esos a los que debo aferrarme.

Dicen que el año empieza en enero, pero para mí siempre ha comenzado en septiembre, tiempo de fijar objetivos y nuevos propósitos. Aunque ya no hago planes que no se puedan cambiar. La vida puede dar un giro en un segundo y el haber estado en contacto directo con la muerte hace que vea las cosas de otra manera. Vivo en un eterno interrogante, o más bien vivía, ya que a partir de hoy me he trazado una meta: simplemente, seguir adelante y para ello tengo que empezar a trabajar en mi futuro.

Es mi cumpleaños y me siento más vacía que nunca, y esa es precisamente la sensación que me ayuda a levantarme para intentar ser más fuerte. Busco estímulos y de repente me acuerdo del beso de amor más maravilloso que me han dado en los últimos años. Fueron los labios de Lou, mi amigo, mi amante secreto, mi confidente, los que me lo regalaron unas horas antes de la incineración de mi madre. Tras ese beso nos fundimos en un abrazo que desembocó en el acto de amor más fuerte y con más pasión de mi vida.

Suena a novela romántica, pero fue muy real. Tan real que me sorprende que pudiera ocurrir algo así cuando pasaba por un episodio tan terrible. Y sin embargo, tal vez fue precisamente por eso. No hay mejor momento para sentir un amor infinito que cuando más perdida estás, así que tampoco es extraño que ese momento terminara en un orgasmo tan intenso que casi me desmayo. Fue en mi casa. Pasillos largos, suelo de parqué antiguo, paredes blancas combinadas con negro. Sábanas blancas, una rosa blanca sobre la colcha y olor a jazmín en el cuarto. Mientras escribo estas líneas en mi salón, miro de reojo la foto *Polvo eres*, de la artista colombiana María Elvira Escallón, colgada en la pared y me estremezco.

Unas horas antes de que mamá falleciera, compré una agenda en el Vips de la calle Ortega y Gasset y aún sigue en blanco. Es curioso, sabía que ella se moría y no se me ocurrió otra cosa que comprar una agenda. Rebusco sobre la mesa de mi escritorio y la abro en la fecha del 11 de septiembre. Dibujo una cruz sobre la página y empiezo a describir todo lo que nos ha ocurrido hasta el día de hoy. Lo necesito. Tal vez por el miedo a olvidar detalles, gestos o sensaciones que hay que mantener vivos a pesar de todo por ser una enseñanza y una terapia.

No, este 23 de septiembre no es un cumpleaños más, es tal vez el más importante de mi vida porque sé que he tomado la decisión correcta.

2

Septiembre de 2020. Acabo de regresar de Marrakech. Hace un par de días fue el cuarto aniversario de la muerte de mamá. Estoy escribiendo el prólogo de mi libro, la continuación necesaria de aquella agenda del Vips. Escribo las últimas líneas sentada en su silla de despacho, me la traje cuando desmontamos su casa, contemplando su foto, rodeada de sus objetos y sintiéndola cerca. Esta casa huele a incienso y las almas están en paz.

Me han pasado tantas cosas desde ese maravilloso orgasmo el día de su incineración que me doy cuenta de que no es bueno adelantarse al futuro pensando que lo que tenemos por delante no puede ser mejor o peor de lo que dejamos atrás. Deberíamos conformarnos con valorar aquello que nos ocurre en el presente para aprovecharlo todo lo posible, para impedir que la vida nos pase de largo.

Después de ese acto de amor con Lou, hubo muchos más, con él y con otros. Y estoy segura de que quedan muchas otras historias por vivir. Pero ya vendrán.

Siempre que llegan estas fechas de septiembre, siento miedo. El calendario nos marca rutas, nos hace recordar lo que nos falta. Pero como en los anteriores veranos, me he enfrentado a ese temor para que no me venciera y he conseguido que sea un periodo tan especial y productivo como lo fueron los últimos meses que pasé junto a ella. Tanto es así que estoy decidida a vivir el resto del año con ese espíritu vital que ahora me proporciona el estío. Cuidar la cabeza para alimentarla de energía positiva y canalizar los sentimientos.

Aquí estoy, escribiendo en mi Mac, más viva que nunca y pidiendo asistencia a los muertos. Se trata de salvar a los que todavía están aquí. A mí misma. Y ellos nos ayudan a continuar el camino. Es tiempo de reconversión. Si fuera necesario, me he propuesto hacerme durante unos meses la muerta para céntrame en lo que en un futuro me mantendrá viva.

Escribo y me distraigo. Miro una foto que tengo sobre mi mesa de escritorio del imponente óleo sobre lienzo *Nuestra Señora de Colombia*. Me fascina la obra del maestro Botero. Es una imagen impresionante y el hecho de que esa Virgen acoja entre sus brazos a un niño, me transmite fuerza y tranquilidad. La fuerza que todos precisamos para afrontar las putadas que te hace la vida.

Superar los duelos es un trabajo doloroso y se necesita paciencia. Alimentar a los vivos requiere sobre todo ener-

gía y rapidez. Acción y reacción. Pero los que se fueron todavía no quieren soltarme la mano. Noto que están muy presentes. Me acarician cuando duermo. Muchas noches me quitan el sueño entre las tres y las cuatro. Entre las cinco y media y las seis hacen que me tape con la manta y durante el día, los miro de reojo y les sonrío.

Normalmente hablo con ellos frente al espejo o cuando me levanto. No hay día que no les tenga presentes y hoy también espero que no falten a la cita. Esta noche encenderé las velas en casa. Me serviré una copa de vino y junto a mis ramos de cempasúchil pondré fotos para charlar con mis ángeles. Esa flor me ayuda a conectar con ellos. Cempasúchil significa «veinte flores». También la llaman «la flor de los cuatrocientos pétalos». Tiene un color naranja muy intenso. Una creencia mexicana sostiene que su peculiar aroma y la fuerza de su tonalidad hace que aquellos que ya no están con nosotros regresen a su hogar.

Esta noche les espero, entre velas, olores y un buen vino. Tengo muchas cosas que contarles y algunos favores que pedirles. Si es verdad que me quisieron y valoran que puse mi vida a sus pies, ahora es el momento de pactar un trato. Yo os salvé y ahora vosotros me ayudaréis a salvarme.

Dejad que os cuente lo que he vivido en estos dos años.